



Los que madrugaron para ir a trabajar se encontraron las calles repletas de policías y militares. Había carros de asalto y tanques de guerra. Había grupos vestidos para combate y armados con ametralladoras que obligaban a detenerse a los transportes públicos, a los autos particulares, a las motos, a las bicicletas, a los peatones. No se salvaba nadie. Pedían documentos a los gritos, obligaban a ponerse las manos en la nuca, revisaban a todos y a algunos se los llevaban a culatazos. A la entrada de muchas fábricas esperaban con listas en la mano. A los que figuraban en ellas los cargaban en los camiones. A nadie le daban la posibilidad de avisar a la familia ni le explicaban cuáles eran los cargos por los cuales se los detenía ni por cuánto tiempo ni adónde lo llevaban. El que preguntaba recibía más culatazos, patadas y trompadas. No había abogados ni representantes de la justicia.

Los que prendieron la radio antes de salir pensaban que ya iban advertidos. Todas transmitían en cadena. Una de las primeras cosas que hicieron esa madrugada los golpistas fue ocupar todos los medios de comunicación. A cada rato, después de alguna marcha militar, una voz demasiado seria, casi fúnebre, anunciaba el golpe de Estado y puntualizaba sus altos objetivos. Como siempre, "salvar a la Patria".

Desde 1930, cuando Uriburu derrocó a Irigoyen, se venían sucediendo golpes. Y a partir de 1955, cuando lo derrocaron a Perón, se sucedieron a mayor velocidad aún. Fueron derrocados los presidentes Frondizi, Illia y Guido. Y hasta los militares dieron golpes unos contra otros: el general Levingston derrocó al general Onganía, que había derrocado a Illia, y el general Lanusse lo derrocó a él.

Lo normal hasta entonces era que con un golpe se suprimieran las libertades de quienes las tenían (desde 1955 a los peronistas, que eran la mayoría, les prohibieron organizarse y nombrar a Perón o a Evita), había algunos cuantos presos políticos, la economía se complicaba más, la vida se endurecía y luego las cosas volvían a aflojarse aunque fuera un poco. Pero el del 24 de marzo de 1976 no fue un golpe como todos.

Nunca hubo en Argentina golpes que fueran obra exclusiva de los uniformados. Siempre contaron con civiles que les aportaron ideas o aplausos, siempre hubo ciudadanos que se favorecieron con esos golpes. El de 1976 no fue una excepción. Un grupo selecto de civiles participó de la elaboración del plan, como Alfredo Martínez De Hoz, que asumió al Ministerio de Economía. Y aunque el resto de los cargos importantes los ejercieron militares, algunos partidos políticos le aportaron gran cantidad de funcionarios.

El nombre que los mismos golpistas impusieron a su gobierno marca las diferencias con anteriores dictaduras: Proceso de Reorganización Nacional. Más sinceridad, imposible. De eso se trataba, de reorganizar la política, la economía, la cultura del país a favor de los que más tenían: grandes terratenientes, especuladores, socios de las empresas multinacionales. Como sabían que difícilmente los demás pudieran admitir un proyecto así, no dudaron en recurrir a la máxima violencia para eliminar a los opositores potencialmente más activos y aterrorizar al resto de la población. Secuestros, torturas, fusilamientos sin juicio previo, desapariciones de personas se hicieron cosa de todos los días.

Hasta entonces, la sociedad argentina era una de las más igualitarias, integradas y participativas de América. Los trabajadores, a partir de su organización y de sus luchas, habían logrado una serie de mejoras notables, tanto en sus condiciones de trabajo y en su remuneración como en sus condiciones de vida. Y últimamente había sectores de la población que hasta se animaban a pensar de otras maneras la sociedad (y le disputaban a los que siempre habían decidido el rumbo del país la posibilidad de llevar a la práctica sus ideas). El protagonismo popular que se venía dando en partidos, sindicatos, barrios, clubes, escuelas, universidades, era algo que no admitían los poderosos. La puesta en marcha de su plan para construir una sociedad desigual, injusta y fragmentada es lo que se recuerda cada 24 de marzo. Por eso no se trata de una fecha más o de algo pasado, porque gran parte del país que sufrimos en el presente, es consecuencia directa del Proceso de Reorganización Nacional.

PARA TRABAJAR EN EL AULA

Algunos interrogantes:

1. ¿Por qué el Golpe del 24 de marzo de 1976 no fue un golpe como todos los sucedidos con anterioridad?

2. ¿Cuál fue el modelo económico implantado durante la última dictadura? ¿A qué sectores sociales favoreció?

3. Explicar la siguiente frase: "Gran parte del país que sufrimos en el presente es consecuencia directa del Proceso de Reorganización Nacional". ¿A qué hace referencia? Fundamentar.

4. ¿Qué vinculaciones encuentran entre el dibujo del afiche y el acontecimiento histórico aquí abordado?

Identidad. Memorias individuales y colectivas

A partir de testimonios de los familiares de los alumnos construir un relato de lo sucedido en Argentina y y Latinoamérica durante la década del '70. Para realizar las entrevistas testimoniales pueden tenerse en cuenta las siguientes preguntas:

- ¿Qué pasó el 24 de marzo de 1976? ¿Cómo se enteró del golpe militar?
- De ese período histórico ¿qué situación recuerda con mayor intensidad?
- ¿Qué piensa de ese pasado? ¿Es necesario recordarlo? ¿Por qué?



Para ver:

La mayor estafa al pueblo argentino, documental de Diego Musiak sobre el origen del endeudamiento externo y su ilegitimidad, 2002.

La República perdida I (1983) y II (1986), documental de Miguel Pérez.



Para consultar:

www.abuelas.org.ar
www.madres.org
www.memoriaabierta.org.ar/camino_al_museo3.php
www.comisionporlamemoria.org
www.comisionporlamemoria.org/jovenesymemoria
www.abc.gov.ar

